

El psicólogo clínico en la orientación profesional

Dr. JOSE GERMAIN

Director del Instituto Nacional de Psicología Aplicada y Psicotecnia.

La orientación profesional parece tarea de menor cuantía y se ha juzgado por los más como privativa de maestros y pedagogos. Hoy día, en el estado actual del desarrollo de la psicología, la cosa creo sinceramente que no es precisamente así. Y lo creo tanto más cuanto que he sido uno de los primeros en sostener los puntos de vista que hoy tienen plena actualidad y han sido recogidos, entre otros, por el Profesor Super, de la Universidad de Columbia: me refiero a considerar la Orientación como un *proceso*, y a dar un *carácter clínico* a la exploración. De la Orientación Profesional, proceso, ya he hablado en diversas ocasiones y en un artículo reciente de la REVISTA DE EDUCACIÓN* he vuelto a fijar mi punto de vista. Respecto al aspecto clínico, el desarrollo de la Psicología clínica en los últimos años ha permitido comprobar la tarea fundamental que se puede llevar a cabo en la Orientación Profesional. Así entendida, la Orientación Profesional desborda, pues, el campo de acción del pedagogo y penetra en el campo, como digo, de la psicología clínica, que exige la colaboración de médicos que sean psicólogos; coincido en esto con una opinión similar sostenida en diversas ocasiones por el Padre Gemelli.

No es, pues, extraño que se hable de Orientación Profesional ante el médico y el psicólogo. Voy a hacerlo tratando de definir mi concepto de la Orientación Profesional. Demostraré a continuación la labor clínica que al psicólogo corresponde llevar a cabo en este terreno.

La *unidad* del niño como persona, y las etapas sucesivas de su *desarrollo*, hacen necesario dar un contenido dinámico a la Orientación Profesional, concebirla como un *proceso* y, consecuentemente, enlazar las diversas fases del desarrollo y de la orientación con las diversas etapas de la enseñanza. Como escribe con acierto y elegancia el psiquiatra y psicólogo español Soto Yarritu, «el niño no está situado en su mundo de una manera estática y fija; en realidad, el niño es un caminante entre dos mundo» (1). Si hacemos esto, creo que podemos adoptar la de-

finición de la Orientación Profesional que en otro lugar he formulado y que dice así: «La Orientación Profesional es una actuación científica compleja, actual y persistente, destinada a conseguir que cada sujeto se dedique con libertad, pero con conocimiento, al tipo de trabajo profesional para el cual esté más dotado, y en el que con menor esfuerzo pueda obtener mayor rendimiento y mayor provecho, así como mayor satisfacción para sí mismo, al mismo tiempo que el máximo éxito en el ambiente social».

Si es una actuación *científica*, rentamos la base de que sólo puede ser ejercida por técnicos especializados y eliminamos a los aficionados que siempre pululan alrededor de las nuevas actividades profesionales; si es *compleja*, admitamos la necesidad de dar cabida a exploraciones que van a requerir tiempo y gastos, con lo que descartamos la actuación de los facilidades que tienden a desacreditar el procedimiento, y si es *persistente* damos por sentado que tiene que desarrollarse a lo largo de las diversas etapas de la enseñanza, y deshacemos la idea de los departamentos estancos y la creencia de que deben existir servicios de orientación para cada grado de enseñanza.

Por otro lado, si tenemos en cuenta los otros puntos de la definición: *conocimiento*, que implica información previa; *esfuerzo*, que supone aptitud; *rendimiento*, que se fundamenta en la capacidad; *satisfacción*, que presupone interés, inclinación y libertad, sin la cual ninguna elección podría ser valedera ni satisfactoria, se comprenderá por qué considero que el proceso de Orientación Profesional constituye un verdadero *problema* de múltiples facetas, no todas siempre bien estudiadas. Problema es, en efecto, considerar todo el contenido que encierra la Orientación Profesional, y problema es tratar de adaptarlo a un periodo extendido, pero limitado en el tiempo, como es el periodo escolar en cualquiera de sus fases; problemas son las exploraciones que supone una orientación profesional, y problemas son las interpretaciones que de ellas se deduzcan, así como es problema, y de honda trascendencia individual y social, el consejo o la orientación que, como consecuencia de todo ello, se vaya a dar al niño.

Por todo ello, cuando hace meses tuve que tocar este mismo tema en una reunión de la So-

* V. JOSÉ GERMAIN: *Orientación escolar y orientación profesional*. R. E. 116, 1.ª quincena mayo 1960, págs. 56-63.

(1) F. SOTO YARRITU: *El mundo del niño y el mundo del adulto*. Conferencia inaugural de la V Reunión Anual de la Sociedad de Neuropsiquiatría Infantil. Pamplona, 13 de mayo de 1956. Página 24.

ciudad Española de Psicología, creí ofrecer una solución práctica, proponiendo la distribución del proceso de Orientación Profesional en tres etapas: una de *Orientación Escolar*, que debutaba en la Escuela Primaria; otra de *Información Pedagógica y Profesional*, que se iniciaba en los últimos años de la Escuela Primaria para continuar cada vez más compleja y rica de contenido, a lo largo de todos los años de enseñanza, y, finalmente, una última, que denominaba *Orientación Profesional propiamente dicha*, que se situaba en forma variable, según las necesidades del alumno y su grado de madurez en el momento de enfocar cualquier rumbo nuevo a sus estudios.

Esta manera de abordar la cuestión tiene para mí la enorme ventaja de dar un *carácter general y obligatorio a las dos primeras etapas*, que han de llegar a constituir en cierto modo cuerpo con la enseñanza, y, por otro lado, mantener *libre la tercera etapa*, que habremos sabido motivar con las dos anteriores, pero que constituirá siempre un objetivo hacia el cual aspirará con plena libertad todo aquel que sienta la inquietud de su destino, el afán de utilizar en las mejores condiciones sus capacidades. Sólo en función de esta libertad de aspiración y deseo será útil el consejo y, sobre todo, tendrá posibilidades de ser seguido.

Ahora bien: esta sistematización teórica necesita ser plasmada prácticamente para que empiecen a establecerse las colaboraciones que exige y sobre las cuales se fundamentará su eficacia. No olvidemos que no se trata sólo de adaptar la Orientación Profesional a la Escuela, sino de crear una colaboración activa entre la Escuela y la Orientación Profesional. Comprendo que ésta es una aspiración difícil, pero todo el que siga con atención las publicaciones de psicología de estos últimos años, se encontrará sorprendido de ver el progreso de ideas similares que hacen cada día más presente al psicólogo y a los métodos psicológicos en todas las etapas de la enseñanza y que intentan establecer enlaces que hagan útiles y significativas las colaboraciones que se establecen; colaboraciones que, bien orientadas, van a eliminar los problemas y a facilitar la tarea común: enseñar, sí, pero hacer del niño que pasa por nuestras manos un ser consciente de sí mismo y capaz de utilizar sus aptitudes con economía y con eficacia para su mejor y más efectivo progreso profesional, para su mejor y más efectiva adaptación social. «La medida de los conocimientos y de las aptitudes—escribe Pasquasy (l. c.)—no permite más que una evaluación bien frágil del éxito profesional.»

Entre estas colaboraciones, una de las más importantes, y que sólo en estos últimos años se ha puesto de manifiesto, es la del psicólogo clínico.

En los dos primeros periodos, el de orientación escolar y el de información profesional, el psicólogo orientador y el psicopedagogo colaboran

para homogeneizar las clases, facilitar la adaptación a los estudios, suscitar con la información el interés por las carreras o los oficios y preparar la elección que en su día se hará como resultado de los estudios, del aprendizaje, de las aptitudes y capacidades, de los factores familiares y sociales y, sobre todo, de las condiciones especiales de la personalidad y de la eficacia o inclinación interna que se sienta.

Decir esto es decir que, además de las exploraciones de las aptitudes, el psicólogo, en función de orientador, tendrá que abordar el estudio de esa *inclinación interna*, de esas condiciones especiales de la personalidad que la práctica y las estadísticas nos demuestran que tienen más relación con el éxito profesional que la inteligencia o los conocimientos. Véase como ejemplo las correlaciones que tiene el nivel de ingresos profesionales con la inteligencia, la personalidad y los datos escolares en dos grupos de adultos:

Ingresos	Inteligencia	Personalidad	Escuelas
Grupo 1 . . .	0,18	0,72	0,32
Grupo 2 . . .	-0,18	0,46	0,19

ASPECTO CLINICO DE LA ORIENTACION PROFESIONAL

Esta evidencia ha servido para que la orientación profesional tome un aspecto clínico y para que el psicólogo clínico entre con todo derecho y con toda eficacia a formar parte del equipo orientador.

Mi tarea en el presente trabajo va a consistir en explicar este estado de cosas y en justificar las técnicas clínicas en el proceso de orientación profesional. «Algunos psicólogos—escribe Meschieri—defienden la integración del procedimiento psicométrico y del procedimiento clínico» (*Risultati di un esperimento per la costruzione e validazione di una batteria psicodiagnóstica. XI Congresso degli psicologi italiani, 1956*), y yo participo de esta creencia añadiendo el aspecto social, del cual luego hablaré.

La experiencia demuestra, en efecto, que al no seguir la inclinación profunda vocacional, aquella que corresponde a esa llamada íntima interna de que otras veces he hablado y que ha de ser escuchada en medio de un gran silencio, como decía Proust; al no seguir esa inclinación, digo, y dejarse llevar de un interés más próximo y más superficial, se produce un desacuerdo entre el individuo y su trabajo, que puede no hacerse evidente en un principio, pero que en un momento o en otro puede dar lugar a problemas individuales o profesionales, que hay que saber tener en cuenta en el momento del consejo. Se habla a este respecto más del rendimiento, esto es, de lo que afecta la desadaptación al trabajo,

que de lo que el mismo sujeto padece como consecuencia de esa misma desadaptación. Y es que muchas veces, y el estudio clínico de muchos trabajadores lo pone bien en evidencia, puede no producirse una alteración en el trabajo, pero sí establecerse un desequilibrio íntimo de la personalidad que otras circunstancias de adaptación, como es la misma vida sexual, puede poner en evidencia. Observar y estudiar esto es la misión del psicólogo clínico.

Cada vez en mayor número acuden al médico hombres que viven en buena situación familiar, desempeñan airoosamente su profesión y, sin embargo, sufren penosamente en secreto perturbaciones de su bienestar, todas las cuales pueden considerarse desde el punto de vista de la angustia; pues, aunque la angustia no es una enfermedad psíquica y no siempre interesa al médico, «en ninguna esfera son tan fluctuantes las fronteras entre *todavía sano* y casi *ya enfermo* como en el campo de la experiencia de la angustia» (2).

FORMAS DE ORIENTACION

Los hechos que acabo de exponer ponen de manifiesto la importancia que tiene el factor clínico en la orientación profesional, factor clínico que se sitúa principalmente en la última etapa del proceso que he denominado de orientación propiamente dicha y que también recibe el nombre de consejo vocacional.

Este factor clínico se justifica no sólo por el valor que tiene para mí la interpretación de psicólogos como Rogers, sino también por la misma evolución que ha tenido la orientación profesional en estos últimos años.

Esta evolución puede sistematizarse en *cuatro* concepciones de la orientación profesional, que se suceden y entremezclan en el tiempo, a lo largo del desarrollo de la psicología en estos últimos años: concepto de aptitud, concepto pedagógico, concepto caracterológico, concepto dinámico.

La primera, basada en el *concepto de aptitud*, que corresponde al período en el cual el utillaje de los laboratorios de psicología experimental se puso al servicio del estudio del hombre frente a la variedad de tareas profesionales que el desarrollo industrial va poniéndole por delante: los nombres de Giesse, Rupp, Moede, en Alemania; Miles y Myers, en Inglaterra; Gemelli, Ponzo y Ferrari, en Italia; Lahy, en Francia, corresponden a esta etapa. La segunda se basa en la *concepción pedagógica* de la exploración, válida, según Gemelli (1947), sobre todo dentro del ambiente escolar, y que corresponde a lo que denominó «orientación escolar». Se caracteriza por el

manejo más especial de las pruebas y *tests* de nivel, inteligencia y otros que encauzaron los trabajos de Claparède, en Suiza; Banissoni, en Italia; Binet y Pieron, en Francia; Buyse y Vermaylen, en Bélgica; Burt, en Inglaterra; Mr. Cattell, en Estados Unidos, entre otros. La concepción pedagógica va unida a la información escolar, y es, indudablemente, de gran utilidad para situar al individuo frente a su futuro. Para el psicólogo soviético León (1957) esta orientación de matiz pedagógico, completada con la información, sirve para *formar* los gustos profesionales, para *crear* nuevas motivaciones e incluso para *modificar* unos gustos en función de necesidades de tipo social y profesional. La *tercera* concepción, de tipo caracterológico, se basa en la atracción hacia una profesión, en el interés demostrado hacia ella. La psicóloga suiza Baumgarten ha estudiado muy particularmente esta tendencia teórica y práctica, que ha tenido otros cultivadores en diversos países. Finalmente, una cuarta concepción, la más próxima, es la *concepción dinámica*, que define más especialmente D'Ancona en 1955, y que constituye un verdadero progreso en la práctica y en la teoría de la orientación profesional. Se caracteriza por abordar el estudio de lo que Gemelli ha denominado el «núcleo central de la personalidad... germen de una vocación hacia un ideal de vida... que debe ser considerado como un elemento fundamental, que ha de tenerse en cuenta en el juicio de la orientación profesional» (1943).

R. Pasquasy (3), por su parte, divide la evolución de la psicología aplicada en tres períodos: uno, primero, *analítico*, de 1910 a 1930, de carácter psicométrico, en el cual predomina el *test* y su empleo, y el psicólogo es visto a través de su instrumento y, por tanto, desdibujada su personalidad y no bien concebida su función, y otro, *sintético*, influido por el personalismo de Stern, la teoría de la forma y la caracterología, que intenta acercarse a esa «unidad» de la persona, de la cual tantas veces ha hablado, «que se nos escapaba de entre las manos en nuestros primeros exámenes psicométricos», y, finalmente, otro *dinámico*, a partir de 1945, en el cual, a favor de los estudios psicoanalíticos, se empiezan a tomar en consideración al lado de los elementos conscientes, los elementos inconscientes como motivadores de reacciones y de conductas.

Esta misma interpretación dinámica se completa en estos últimos años con una visión social, cuyas características y posibilidades son muy interesantes para el psicólogo, como veremos más adelante.

Aunque estos conceptos se han sucedido en el tiempo, no son ni mucho menos exclusivos, antes, por el contrario, todos ellos deben ser tenidos en cuenta en un examen de orientación. Lo que el buen psicólogo debe hacer es dar a cada

(2) V. E. v. GEBSATTEL: *Anthropologie der Angst*. Berlín, 1934, citada por GAETANO BENEDETTI en «La angustia desde el punto de vista psiquiátrico», en «La Angustia», ed. Tribuna, de la REVISTA DE OCCIDENTE. Madrid, 1960.

(3) PASQUASY: *L'Orientation Vocationnelle*. Folleto. C. L. O. S. P. Bruselas, 1960.

cual la *jerarquía* que requiere dentro del proceso de exploración y, según el caso, *situarnos* en el tiempo en función de la edad del sujeto, de las posibilidades de éxito que nos ofrezcan. Así, por ejemplo, sería teóricamente anticientífico e inoperante desde el punto de vista práctico el llevar a cabo una exploración de aptitudes antes de los once o doce años, esto es, antes de que biológicamente éstas hayan hecho su aparición y logrado su madurez. La lógica utilización de estas cuatro concepciones sería, pues, la siguiente: en primer lugar, la orientación escolar seguida de la información profesional; en segundo lugar, el examen de las aptitudes; en tercer lugar, el estudio de los intereses vocacionales, con ayuda de una exploración del carácter, y, finalmente, en cuarto lugar, el análisis en profundidad de la personalidad, con ayuda de los métodos proyectivos e interrogatorios clínicos para conseguir el acuerdo entre los diversos resultados de las exploraciones y las tendencias vocacionales más íntimas.

DIAGNOSTICO DE PROFUNDIDAD Y ORIENTACION PROFESIONAL

Limitándonos a esta última exploración, la del estudio de la personalidad y de sus reacciones, que situé en la tercera fase de nuestra distribución del proceso de orientación, vamos a ver sus características. Estas se deducen de la concepción dinámica de la personalidad, y su misión es conocer y valorar la inclinación que siente el individuo por su vocación y analizar sus raíces profundas.

Aquí surge una primera cuestión, y es la de definir bien esa *inclinación* y perfilarla frente al concepto de *interés*, con el cual muy frecuentemente se confunde.

Walter ya en 1936 separaba estos conceptos; Brigham asimilaba interés y aptitud, y Stern en 1938 los diferenciaba desde el punto de vista del *objeto*, del *origen* y de la *estabilidad*. En cuanto al *objeto*, el interés suele ser una atracción global, y la inclinación, una reacción más específica para un tipo de actividad determinada. Respecto al *origen*, puede decirse que el interés proviene de una causa objetiva externa a la personalidad, y la inclinación, en cambio, se fundamenta en causas subjetivas, íntimas, profundas, muchas veces subconscientes. Strong, por ese motivo, define el interés como una disposición que resulta de la experiencia y que determina el comportamiento. Y, por lo que a la *estabilidad* se refiere, se ha visto que el interés es una proyección del individuo que se elabora en la adolescencia y se desarrolla en años sucesivos, pero sufriendo influencias y mutaciones en sentido positivo de reforzamiento o negativo de abandono; recuérdense los trabajos del psicólogo ruso León, antes citado, y el libro tan original de Debese, sobre la crisis de originalidad juvenil, de

la cual nos ocuparemos más adelante. Freyer escribe a este respecto que el valor productivo de los intereses cambia con la edad, tanto mental como cronológica, y que existe una tendencia de los intereses a acercarse a las aptitudes y a hacerse más práctica a medida que el niño avanza en edad; en tanto la inclinación surge más tardíamente hacia los veinticinco años hasta identificarse con la capacidad.

El *interés* es modificable por sí mismo; en su contextura intervienen principalmente agentes externos y elementos intelectivos, por ello la información, el razonamiento, la sugestión, el ambiente y otros múltiples factores actúan positiva o negativamente sobre él. En cambio, la *inclinación* tiene un carácter estable e irreversible, razonamiento o sugestiónes no pueden nada frente a ella. Sólo una psicoterapia, un análisis psicológico, puede actuar sobre algo cuyas raíces alcanzan lo más íntimo y profundo de la personalidad.

Si la orientación profesional, como decía Gemelli, aspira a ser un diagnóstico profundo, tendrá que basarse en el estudio del proceso de este elemento fundamental: la inclinación. Esto exige, dice D'Ancona, un conocimiento exhaustivo de la personalidad del sujeto. Para ello tendrá que recurrir a los métodos de la psicología clínica, como son: «el coloquio intenso, no tanto como instrumento revelador del contenido y de los intereses, sino como indicador del modo formal de ser y de reaccionar; como son, también los métodos proyectivos que ponen en evidencia la dinámica del individuo; y como son asimismo todos los métodos de la experiencia o la práctica, que nos han demostrado ser útiles para acceder a los niveles más profundos y fundamentales de la personalidad.

De todos ellos se ha hablado con más autoridad que yo en España. Y, aunque sería interesante hablar del valor del interrogatorio y de la entrevista frente a las técnicas proyectivas, paso sin detenerme por todo ello, señalando únicamente el valor práctico que tiene el cuestionario sobre las inclinaciones que elaboró hace pocos años el psicólogo canadiense J. M. Beauchemin en la Universidad de Montreal, que estudia tres categorías de inclinaciones: la primera se refiere a la *naturaleza* de la actividad, buscada por el sujeto, y encierra tres tendencias: *intelectual*, *social* y *mecánica*; la segunda enfoca la *finalidad* de la actividad escogida, y abarca dos tendencias: *altruista* y *utilitaria*; finalmente, la tercera señala el *modo de actuar* el sujeto, que puede ser una manera *lógica* o *intuitiva*.

Nosotros, en la clasificación que desde hace muchos años establecimos para relacionar las profesiones con la actitud personal del individuo frente al mundo, señalamos tres tendencias fundamentales: actitud frente a las personas, actitud frente a las ideas, actitud frente a las cosas, pensando que esta actitud señalaba una tendencia cuyas raíces serían las de una inclinación.

ACTIVIDADES PREFERIDAS

Trabajos agrícolas.
 Funcionamiento de máquinas.
 Instalaciones en construcciones.
 Trabajos de construcción.
 Trabajos manuales delicados.
 Transporte.
 Artesanado.

Trato con personas.
 Enseñanzas.
 Asistencia social.
 Consejos.
 Organización.
 Influencias directas.
 Influencias indirectas.

Trabajos científicos.
 Trabajo sistemático.
 Ocupaciones artísticas.
 Creación artística.

Así, pues, este enfoque dinámico o clínico de la orientación profesional busca por todos los medios el equilibrio profundo entre la actividad profesional y los deseos e inclinaciones más íntimos y profundos de la personalidad. A este respecto comenta Steckel: «Si se hacen investigaciones un poco serias y profundas acerca de los motivos que han presidido la elección de carrera, se comprueba con sorpresa que la mayoría de los individuos se han lanzado a su profesión por casualidad y que muchas veces el padre hizo lo mismo. Y si se tiene ocasión de analizar el carácter del sujeto que ha escogido su profesión por inclinación, entonces se ve uno llevado a establecer una relación entre esta elección y su erotismo. Además, los que son tributarios de la ocasión tienen, por lo general, otra ocupación o un deporte que representa u ocupa el lugar de lo escogido, de lo elegido. Es una de las desgracias de nuestro tiempo el que la alegría que procura una carrera sea tan rara. Una profesión debería ser siempre la que mejor conviene a nuestras aspiraciones; sólo ésta será ejercida con felicidad» (4).

Las exploraciones, en relación con la inteligencia y las aptitudes del sujeto, sólo adquieren su valor en función de esta dimensión profunda y dinámica de la personalidad, que corresponde al psicólogo clínico poner en evidencia.

Ahora bien: ese equilibrio puede conseguirse, y de hecho se consigue en muchos casos, como he dicho, de una manera espontánea por una especie de intuición clarividente, que, en un momento determinado del desarrollo, hace que el joven encuentre su camino.

El examen de orientación resulta en ese momento, según frase D'Ancona, como un proceso

clarificador y al mismo tiempo catalizador de la dinámica del sujeto.

Si existen obstáculos externos o impedimentos o problemas íntimos que aplacen o dificulten este equilibrio, prelude obligado de la adaptación, un conflicto se crea, más o menos aparente, pero profundamente enraizado, como consecuencia de la frustración experimental. Esta frustración puede dar lugar a una postura de rebeldía o de agresividad, que viene a perturbar aún más el proceso de equilibrio y de adaptación. Las consecuencias profesionales pueden ser muy graves. Por ello se explica una vez más mi insistencia en la intervención del psicólogo clínico en el proceso de la orientación profesional, intervención que, como puede verse, enfocando más al individuo que a la profesión, cumple mejor su cometido que el clásico sistema de orientación. Por este mismo motivo escribe D'Ancona: «El examen de orientación profesional, llevado a cabo en el plano de las aptitudes y del carácter, puede ser completamente elusivo.» Por otro lado, el examen de tipo «pedagógico» puede conducir a la educación artificial de un gusto, de un motivo profesional en conflicto con la inclinación profunda del sujeto, y por ello ser fuente de trastornos individuales y sociales. A este respecto es interesante el libro de Anne Roe sobre la psicología de las profesiones y su clasificación bidimensional, con la cual es posible conocer la ligazón dinámica que une cada profesión con un aspecto profundo de la personalidad. Puede ser de una gran ayuda para el psicólogo clínico medido en las tareas de la orientación profesional.

En todo ello, como afirma Ombredanne, pueden colaborar sin conflicto los métodos psicométricos y los métodos clínicos, si ambos se subordinan al método experimental científico.

Esta interpretación clínica de la orientación tiene, como es natural, una justificación y también unas consecuencias. Veamos tres justificaciones y dos consecuencias.

JUSTIFICACION DE LA INTERPRETACION CLINICA DE LA ORIENTACION PROFESIONAL

Tres son, entre otras, las razones que pueden aducirse en favor de la interpretación clínica de orientación profesional: éste es de la justificación de la penetración del psicólogo clínico en el equipo del orientador.

En primer lugar, existe una razón histórica, ligada al mismo desarrollo de la psicología. Las concepciones que hemos señalado previamente son buena demostración de ello. En un principio el auge de los tests, y muy especialmente de los tests de nivel y de inteligencia, explicaba y justificaba la presencia del especialista en psicometría; psicólogo y psicopedagogo. Este período tiene

(4) WILLIAM STECKEL: *L'homme impuissant*.

como exponente el libro de Claparède, traducido al castellano, *Cómo diagnosticar las aptitudes en los niños*, que enlaza históricamente con la labor de Binet, en Francia; Burt, en Inglaterra, y Bobertag, en Alemania.

Sigue y enlaza con este periodo el que corresponde al estudio más específico de las *aptitudes*, que se caracteriza por el auge de los dispositivos más o menos complicados para estudiar analíticamente o en forma compleja las disposiciones naturales para los diversos oficios y profesiones. Este periodo ve perfilarse al psicotécnico en los laboratorios, rodeado de aparatos más o menos complicados, estudiando y analizando movimientos, reacciones y respuestas diversas ante situaciones que querían reproducir las que profesionalmente iba a enfrentar el sujeto. Caracterizan este periodo libros como los de Toulouse-Pieron-Vaschide sobre las técnicas de psicología experimental, y muy especialmente el de Lahy sobre análisis psicotécnicos de la profesión de mecanógrafo, como ejemplo de análisis profesional en detalle, y el libro del mismo autor sobre las aptitudes de los conductores, como ejemplo de análisis en conjunto de otra profesión.

Las limitaciones que los resultados de estas exploraciones dieron en la práctica motivaron la aparición del tercer periodo en esta exploración del individuo ante su profesión. Ahora bien: así como los dos periodos anteriores se van desprendiendo de una manera insensible de estudios anteriores, y desarrollándose en muchos momentos casi paralelamente, perfilando una actividad profesional bien definida, la de psicotécnico, que corresponde a la posguerra del año 1914, este tercer periodo tiene un punto de partida más concreto y preciso. Parte, en efecto, de los trabajos de Chase, Hawthorne y Mayo, en los Estados Unidos, que marcan un hito histórico en el desarrollo de los trabajos de psicología aplicados al estudio del hombre frente a las tareas profesionales.

En las etapas anteriores el estudio de la inteligencia, de las condiciones psíquicas analíticamente consideradas: memoria, atención, etc., y el estudio de las disposiciones naturales frente a las tareas profesionales: precisión, rapidez, movimientos, etc., había hecho perder de vista y olvidar al hombre que en última instancia era el sustentador de estas aptitudes y de aquella inteligencia.

Pues bien: los trabajos de Hawthorne en la General Electric Company, de Chicago, empezaron a poner en evidencia que estos estudios —podríamos decir «psicotécnicos», para mejor caracterizarlos— constituían una ayuda indudable, pero no eran «ni toda la verdad» ni siquiera «la parte más importante de esta verdad», en relación con ese estudio del hombre ante el trabajo que se pretendía realizar.

Los trabajos de Stuart Chase, contenidos en sus libros *The proper study of mankind* y *Men at work*, ponen de manifiesto que «una fábrica

lleva a cabo dos funciones principales: la *económica* de producir mercancía y la *social* de crear y distribuir satisfacciones humanas entre la gente que convive bajo su techo», y, sobre todo, que ambas funciones son inseparables. Problemas, como la fatiga, la monotonía, el rendimiento estudiados en función de las aptitudes que encerraban resultaron ser consecuencia de la frustración y no causa de ella. El problema del hombre como totalidad y como individuo perteneciente a un grupo estaba planteado.

George Elton Mayo, principal responsable de las experiencias de Hawthorne, profesor de investigaciones industriales en la Harvard Graduate School of Business, impresionado por los resultados obtenidos e imbuido por las teorías psicopatológicas y sociales de mi maestro, el gran psiquiatra francés Pierre Janet, dió el paso que ha cambiado el tipo de exploraciones en el ambiente profesional, centrándolas en las dimensiones *social* y *personal* del individuo.

Esta evolución respecto al estudio del hombre en el trabajo se ha dejado sentir en todas las demás exploraciones psicológicas y, como es natural, en el planteamiento y en la práctica de la orientación profesional.

A este respecto han contribuido también, desde otro punto de vista, los trabajos con cuestionarios diversos, con objeto de estudiar el carácter y las reacciones del individuo ante problemas concretos, problemas profesionales y otros. No es momento de enumerarlos aquí, pero he señalado que la psicóloga suiza Baumgarten ha sido una de las primeras en apuntar la utilidad de este estudio del carácter y del individuo en la orientación profesional.

Desde otro punto de vista, los estudios de psicología social, tan en primer plano de las investigaciones psicológicas modernas, y los de psicopatología de grupos (sociometría, sociodrama), que se desprenden de los trabajos de Moreno, han hecho aún progresar más estos estudios de la personalidad y su contorno, que iniciaron Mayo y Hawthorne.

Prácticamente, esta tercera etapa se caracteriza por la introducción y amplio manejo en las exploraciones de orientación profesional de los cuestionarios, que no se limitan sólo a los rasgos de carácter, sino que enfocan también el estudio de intereses y preferencias, nivel de aspiración, reacciones interindividuales, etc. A esto se han añadido los esquemas sociométricos, cuyo valor, desde el punto de vista de la dinámica en las clases y en los talleres, no hay por qué resaltar. Vaya como ejemplo la investigación llevada a cabo en nuestras escuelas por Valenciano y reseñada en comunicaciones presentadas a la Reunión Anual de la Sociedad Española de Psicología, así como el trabajo de Isabel Díaz Arnal, publicado en la REVISTA DE EDUCACIÓN*.

(*) ISABEL DÍAZ ARNAL: *La dinámica de los grupos y su contenido pedagógico*. R. E. 125, 2.ª quincena diciembre 1960, págs. 53-60.

Nos queda la cuarta etapa de la evolución, que vamos reseñando, la que se refiere a lo que antes denominábamos *concepción dinámica* de la orientación profesional. Esta etapa es la consecuencia, por un lado, de la penetración de los conceptos psicoanalíticos en psiquiatría y en psicología y, por otro, de la multiplicación y extensión de los *tests* proyectivos. Esto ocurre en un momento en el cual, como hemos visto, la exploración de la personalidad está en el primer plano de las actividades del psicólogo práctico y en que una nueva actividad de este psicólogo, la psicología clínica, cobra un desarrollo espectacular en todos los países. Nada de extraño, pues, que la orientación profesional recoja estas tendencias y esta metodología y complete en la actualidad las exploraciones de nivel, de inteligencia, de aptitudes y de interés y tendencia vocacionales con un estudio en profundidad de la personalidad.

ORIENTACION PROFESIONAL Y CRISIS DE ORIGINALIDAD JUVENIL

Otra de las razones que para mí existen de dar una interpretación clínica al consejo de orientación es la presencia en esos años en que se desarrolla el proceso de la llamada *crisis de originalidad juvenil*, tan bien estudiada por el profesor Debesse, de París.

Esta crisis, que todo el que se ha acercado a la juventud con un criterio médico o pedagógico identifica fácilmente, es digna de ser analizada desde el punto de vista de la orientación profesional, cosa que no ha sido hecha, que yo sepa, hasta ahora.

La razón que me mueve a ello es la relación que existe entre esa crisis y la formación de la personalidad. Si todos los adolescentes no presentan, como es natural, una crisis de originalidad, los que la sufren reciben de ella, al mismo tiempo que ciertas formas características de la vida mental y un sello psicológico propio, una cierta *orientación* del ser, que precisamente Debesse ha definido desde un punto de vista psicológico, frente a la cual el psicólogo en función de orientador no puede pasar sin detenerse.

Existe, en efecto, un momento en el desarrollo en el cual el niño abandona el presente: el estar, para empezar a proyectarse sobre el futuro. Es el momento en el cual la noción del tiempo se hace sensible y adquiere para el niño realidad. Ese momento corresponde a la iniciación de la crisis en la cual el individuo empieza a sentirse en el mundo y a definirse ante todo lo que le rodea. Surge en él un deseo de originalidad, que es, dentro de ciertos límites, podríamos decir fisiológico, que no se hace característico si no presenta verdaderamente fases críticas.

Este deseo de originalidad crea una cierta excentricidad para solicitar, de una u otra manera, la atención de los demás, afirmarse diferente, satisfacer su amor propio y sorprender, como se sorprende a sí mismo. Todo ello encubre un trabajo mental, que se va elaborando, para tomar contacto con los demás y consigo mismo.

Naturalmente, esta crisis no es permanente; tiene altos y bajos, sigue una cierta trayectoria y constituye para los que la sufren una fase decisiva del desarrollo, sobre todo en el momento en que se orienta el ser y el pensamiento hacia direcciones más o menos definidas y significativas.

LAS CUATRO

FASES DE LA CRISIS

Desde el punto de vista de su desenvolvimiento, podemos decir que la crisis tiene *cuatro fases*. Una, primera, que corresponde al descubrimiento del cuerpo por el niño, y que va acompañada de un cierto narcisismo. Las características del pensamiento en esta fase son, según Debesse: atención, acercamiento, descubrimiento, contemplación, y según Stern: observación del yo, juicio del yo, formación del yo y expresión del yo. Este descubrimiento del yo se hace en el momento en el cual el niño se siente capaz de conversar consigo mismo; al *yo empírico* infantil sucede el *yo reflexivo* del adolescente.

La *segunda* fase se caracteriza por un cierto hábito de recogimiento, que se traduce por una actividad negativa en el comportamiento y por un deseo de soledad que coincide con la aparición del *yo reflexivo*. Esta soledad y recogimiento proporcionan al adolescente el sentido del tiempo, de la duración, y así nace la conciencia interna de lo que dura y, a través de esta impresión de *espesor del tiempo*, como lo califica Debesse, llega el adolescente a tomar conciencia de la continuidad de su ser y adquiere la primera *imagen de sí mismo*. Es éste un momento muy interesante de la vida del niño, que el psicólogo clínico tiene que saber descubrir y ante el cual ha de saber actuar con la máxima precaución y cautela. Un fallo o falta de discreción o de habilidad puede dar al traste con un contacto que, por lo general, es muy difícil de establecer. Esta fase negativa o de latencia es del mayor valor para el psicólogo, pero también es de la máxima dificultad para su manejo.

La *tercera* fase es una fase positiva frente a la negativa que la precede. En ella se inicia la afirmación del yo que puede ir hasta la exaltación. Descubierta su yo el adolescente lo muestra con energía y cierta agresividad, haciéndole el centro exclusivo de su mundo y de la realidad que alrededor de él va situando. En este período surgen y se entremezclan una serie de sentimientos llenos de riqueza ideativa que contrastan con la tranquilidad anterior. Hay una tendencia a

sobrestimarse y un cierto egoísmo, pero mezclado con afanes, ideales y un cierto misticismo: afán de sinceridad, sentido de responsabilidad, entusiasmo por lo difícil, aspiraciones, ideales, pasión por su destino, etc.

Es curioso ese afán de distinguirse, de singularizarse en el vestir, en el decir, en el mismo comportamiento. Lo absurdo, a primera vista de todo ello, tiene, sin embargo, su sentido, y es el de crearse a sí mismo una emulación que tiende, por los más diversos medios y caminos, a la afirmación del yo.

Todo ello va apuntando la *eclosión* de la cuarta fase de *liberación del yo*. Los afanes anteriores señalaban una exaltación del yo, que pugna por librarse del secreto que le oprime y de su soledad.

Surgen en ese momento la busca de amigos-confidentes, la redacción de diarios íntimos, las poesías, etcétera. También aquí el psicólogo clínico tiene que estar presente y saber percibir esta etapa y ayudar al adolescente con autoridad y con alegría, pues en ese momento admite y valora el consejo, y muchas veces lo solicita. No hay que olvidar que las reacciones patológicas se presentan ahora y el deseo explosivo de liberarse de un yo que se ha hecho, a veces, insostenible puede llevar en algunos casos al suicidio.

Por ello nuestra presencia y nuestra ayuda como psicólogos y como orientadores adquiere particular gravedad y trascendencia. Las crisis depresivas, tan frecuentes en esos años, fruto bien de un proceso endógeno, bien de circunstancias externas traumáticas: primeros amores contrariados, primeros exámenes y otras, son muy de tener en cuenta no sólo por el tratamiento que hay que intuir cuanto antes, sino por la repercusión que pueden tener, si no están bien estudiadas y analizadas sobre la personalidad y sobre la adaptación ulterior. Hay que saber, además, que es en esta fase, y a través de este proceso, cuando se inicia la adaptación, y ésta es quizá la misión más trascendente que nos está encomendada. Esta fase se divide, a estos efectos, en tres periodos:

Uno, primero, de *premadurez*, final de la adolescencia, en el cual el pensamiento pierde su traza anárquica y tiende hacia un deseo nuevo, aún mal conocido, pero que el muchacho siente latente, y frente al cual, según su personalidad naciente, puede tener la reacción melancólica del que abandona un periodo que le era grato o la explosiva del que se lanza en una nueva aventura; el segundo periodo de *madurez* se caracteriza por una preocupación por la objetividad frente a la subjetividad anterior, la curiosidad se canaliza, el campo de la conciencia busca directrices y poco a poco el deseo de adaptación triunfa sobre el de ser «yo». Con esto se inicia el tercer periodo de la cuarta fase, que es ya prácticamente de *adaptación al medio*. El joven se inserta poco a poco por sí mismo en el mundo

en el cual está llamado a jugar su papel. Transformar su mundo y el mundo en general en una presencia adaptada al mundo en general: es éste aspecto fenomenológico del dinamismo personal. La profesión agrupa y especializa los elementos de la actividad psíquica del joven: inteligencia, aptitudes y rasgos diversos de la personalidad, se organizan paulatinamente alrededor de la profesión, cuyos estudios se desarrollan en ese periodo. El servicio militar perfilará la adaptación y el casamiento la fijará: todo ello termina por liberar al individuo frente a la familia y hacerlo independiente, seguro de sí mismo y potencialmente dirigido.

Que todo este largo proceso debe ser conocido por el psicólogo y estudiado en sus diversas fases y periodos no es necesario repetirlo ante un auditorio tan informado como el que ha reunido este curso.

«Hay siempre —y Scheler lo señaló— un *plus* en cada persona, que le hace ser más de lo que hace y ofrece», escribe E. Frutos (5), y esto, que es para mí, en última instancia, una reacción biológica del organismo en su totalidad o de cualquiera de sus partes, piénsese en exceso de tejido que compensa una cicatriz en lo somático, y la reacción hipomaniaca que sigue a una depresión en lo psíquico. Pues esto también ocurre en el terreno de la conducta y de la vocación. Y aquí para mí otro problema clínico en el estudio de la adolescencia. Ese *plus*, cuando se *perfila* y cuando se *siente*, es en este momento de la crisis juvenil. Si está bien encauzado, este «plus» se incorpora positivamente a la personalidad del adolescente para constituir el día de mañana ese algo potencialmente activo, que hace a muchos profesionales, aquellos que han sabido incorporar este plus, especialmente ricos y brillantes luego en la vida. La práctica de la psicoterapia en los adolescentes nos demuestra la utilidad de este enfoque de la cuestión.

Ahora bien: conviene recordar, en función de este proceso, que las etapas que recorre se inician con la pubertad fisiológica que va de los trece a los quince años, se desarrolla con la pubertad mental, que va de los quince a los veinte, durante la cual la crisis de originalidad aparece tal como la he descrito y que aproximadamente hacia los veinticinco años todo ha terminado y la adaptación se ha logrado.

La adaptación señala, pues, el final de la crisis, pero no significa que la orientación nace de la misma crisis; la supone, si se desenvuelve con ella; el joven toma progresivamente consciencia de sí mismo, de su realidad individual, y así, por reflexión, se sitúa en su puesto en la vida y en su actividad profesional. «El deseo de adaptación prevalece sobre el deseo de ser él mismo» (Debesse).

(5) E. FRUTOS: *Notas*, en «Revista de Filosofía», año XIX, núm. 75, oct.-dic. 1960.

La existencia fisiológica de la crisis de originalidad juvenil y su riqueza de ideas y de sentimientos ha sido bien descrita por una joven de diecisiete años, Mirello Pacchoni, alumna de Bachillerato en Francia, cuyo ejercicio de *disertación francesa* ha sobresalido en el *concurso general*, que en la vecina República se realiza cada año entre los primeros alumnos de todos los colegios y liceos del país. Su valor de testimonio me incita a reproducirlo; dice así: «Feliz desconcerto de mi adolescencia, que me permite conocer las múltiples aspiraciones del alma humana. Tengo en mí tantas contradicciones que puedo sentir a la vez los sentimientos más opuestos; la incertidumbre en que me encuentro las más de las veces para escoger entre diversas actitudes, o diversas filosofías, me conduce casi siempre a afirmaciones sofisticadas, de las cuales percibo toda la vanidad que encierran y que, sin embargo, a mi alrededor tienen el mal gusto de dar por válidas. Pero, en compensación, puedo casi siempre comprender, después de tomar conciencia de las impulsiones contradictorias que me llevan de uno a otro pensamiento, mejor, quizás, sentir el fundamento de las teorías más diversas. Así, pues, dos seres luchan dentro de mí en este momento: la niña que fui y que no está completamente muerta, quisiera, dando la mano al gran poeta Anatole France, vagar por las calles del viejo París resucitado, y el ser materialista, absurdamente razonador y lleno de graciosas pretensiones filosóficas que el empuje de los diecisiete años ha hecho surgir en mí, como soberbia y venenosa flor, no se preocupa casi de los buenos tiempos pretéritos.»

Como es natural, existen varias diferencias individuales en cuanto al tiempo y a la intensidad; individuos que recorren estas etapas con rapidez y otros en los cuales las fases se alargan y parece que no quieren salir de este periodo, en el cual, si nos auxiliamos de ciertas interpretaciones psicoanalíticas, podríamos encontrar procesos de fijación o de autoacusación de frustración, que explicarían este retraso. Yo soy partidario en estos casos de recurrir al EEG, que muchas veces nos presenta signos marcados de inmadurez en relación con la sintomatología que he esbozado.

CRISIS PSICOPATOLOGICAS

No es extraño, al llevar a cabo estas exploraciones, encontrar rasgos psicopatológicos, cuyo alcance le corresponde al psicólogo clínico y al psiquiatra interpretar.

He aquí, como ejemplo, lo que me decía un enfermo neurótico, consciente de la importancia que la crisis tuvo para su vida profesional y para su adaptación social y familiar: «En las dos crisis que tuve: una a los catorce años y otra a los veinticinco, no tuve la menor atención médica ni el menor cuidado; no se solucionaron mis

problemas por haber hecho en las dos ocasiones cosa oculta de ellos. El complejo de culpabilidad me cerraba la boca y yo no podía confesar mi culpa a nadie. Se mezclaba el problema de la masturbación con la angustia religiosa, la idea del daño físico y el daño moral que me estaba haciendo. Yo estaba solo; si hubiese tenido a alguien al lado, se hubiera resuelto todo sencillamente. Yo he crecido con una deformación. Si hubiera tenido ayuda de pequeño, otra cosa hubiera sido.»

Véase, por otro lado, el escrito macabro y tremendista de un muchacho en plena crisis de desarrollo con alteraciones de la conducta, trastornos del carácter, desvío de los estudios, frialdad religiosa y gran mitomanía. La psicoterapia puso de manifiesto una serie de problemas de la infancia, que, en cierto modo, condicionaban la agresividad y daban esa espectacularidad a la crisis juvenil. El cociente de inteligencia alto y el aspecto superficial de muchas de sus reacciones hizo concebir un buen pronóstico, y en la actualidad, sin haber dominado la crisis, este joven de quince años se ha adaptado a sus estudios, en los cuales progresa, ha vencido la onicofagia y la mitomanía y se está en una actitud totalmente diferente a la que precedió a la psicoterapia.

*Noche de cementerio
bajo la luz de los muertos,
luz pálida de misterio,
tenebrosa como tres tuertos.*

*Un muerto se asoma a la ventana
de su ataúd pestilente,
mientras mira con desgana
a un duende somnoliento.*

*La muerte, con su guadaña,
se ríe misteriosamente,
mientras la vida empaña
de uno que llora asquerosamente.*

*El alma en pena del yermo
se desespera con amargura
mientras soporta la tortura
de vivir en el averno.*

*De pronto se abre la tapa
de una pútrida caja
mientras se vuela la capa
de la momia eterna.*

*De pronto se oye una voz
que dice: «Muere, bellaco»,
y un cuerpo que se desploma
con el cerebro hecho trozos.*

Finalmente, otro ejemplo del curso depresivo del pensamiento de un joven en este periodo de la crisis juvenil, es el que nos presenta un muchacho de dieciocho años, con un estado de rebeldía frente al ambiente y retraimiento consecuente, que concreta en la forma siguiente:

«Los hombres no nos respetamos; a mí no me respetan ni en casa, ni en el colegio; choco en

todos lados...; muchas veces no se puede huir como una alimaña...; antes estaba proyectado hacia el futuro, ahora no; tengo terrible lucha interna; no veo claro; no veo salida en nada...; estoy tan hastiado...; no sé de qué... ¡Me salgo tanto de la realidad!...»

No existe evidencia, dice Debesse, de que la crisis corresponda a una personalidad enferma; sin embargo, es un momento de la vida en que conviene estar alerta: «la pubertad, como la menopausia, es un período peligroso para la salud mental.» Podremos ver, desde adaptaciones que se hacen tarde, mal o de una forma incompleta, como en el caso de Amiel, a otros en los que signos verdaderamente patológicos y graves hacen su aparición. Estos signos han de ser bien interpretados y se precisa gran experiencia para no equivocarse; puede un sentimiento de incompletud, como lo describía Janet, ser un rasgo superficial y transitorio de la crisis o, por el contrario, representar la primera manifestación de una neurosis obsesiva que se inicia. Lo mismo digo del «sentimiento de extrañeza», descrito por Wallon. Todo lo que nos choqua en este período no es enfermizo, pero sí tiene un significado que hay que saber encontrar valiéndose de un estudio amplio de la personalidad. Existen, como ayuda, según Debesse, condiciones que pueden hacernos entrar en sospecha y son, entre otras: que la crisis de originalidad se inicie antes que la crisis puberal que con las alteraciones del comportamiento, que he señalado, aparezcan manías, tics, fugas; que la crisis transcurra sin apaciguamiento; que la excentricidad sea muy afectada, o que el sentimiento de inferioridad sea demasiado vivo y profundo.

LOCALIZACION DE LA CRISIS

Respecto a la crisis en sí, puede decirse que se observa en jóvenes que han crecido muy de prisa; yo he tenido ocasión de observar adolescentes o jóvenes que en los meses anteriores a la consulta habían dado un estirón brusco, que no correspondía al ritmo de crecimiento anterior. Estos jóvenes se encuentran bruscamente en un estado físico de menor resistencia, y por ello es muy conveniente auxiliar nuestro consejo con un tratamiento vitamínico y, sobre todo, aumentar la aportación de cal y de vitamina C al organismo.

Lo mismo pasa con los tuberculosos y pretuberculosos, en los cuales la crisis se presenta con cierta frecuencia.

Vemos así el alcance que tiene la crisis de originalidad juvenil, y esta revisión de su repercusión es una justificación más de la presencia del psicólogo clínico en el proceso de orientación profesional.

Pero aún hay más. Las estadísticas, como las de Lemaitre, nos enseñan que sólo el 21 por 100 de los chicos desea seguir la misma profesión que el padre; los restantes intentan seguir otro camino.

El orientador no informado de cuanto acabo de exponer corre el riesgo de dejarse llevar de este tipo de contestación y aceptarla como válida, sin darse cuenta de que el espíritu de contradicción, de oposición, característico de una de las fases de la crisis de originalidad, puede ser el causante de esta manera de pensar, y que hay que saber esperar y repetir periódicamente el análisis del interés para estar seguro de su valor y de su consistencia.

RESULTADO DE ENCUESTAS

Otra razón, la tercera que justifica la interpretación clínica de la orientación, es la que se deduce de las encuestas que, en relación con la orientación profesional, he llevado a cabo en estos últimos años, y que me voy a permitir analizar brevemente.

Estos resultados que voy a presentar corresponden al análisis estadístico de trescientos cuestionarios, que fueron distribuidos en las Escuelas de Formación Profesional Industrial de Madrid.

La primera pregunta, ¿cuáles son los factores más importantes de la vocación?, nos arroja los resultados siguientes:

PORCENTAJE DE LOS FACTORES MAS IMPORTANTES DE LA VOCACION

Voluntad	16,7	}	52,1 %
Interés	12,5		
Gusto	12,5		
Entusiasmo	6,2		
Afición	4,2		
Aptitudes... ..	14,5	}	22,8 %
Saber	8,3		
No respuestas y varios ...			14,7 %
Estudio	6,2	}	10,4 %
Educación	4,2		

Si agrupamos las respuestas significativamente, vemos que pueden reducirse a tres grupos: uno, el más importante, que recoge los rasgos que corresponden a la personalidad; otro, muy inferior, que se refiere a la inteligencia y aptitudes, y el último, aún de menor importancia, sólo el 10,4 por 100, que apunta los estudios y la educación.

Así, pues, para los jóvenes de trece a dieciséis años los factores más importantes, en relación con la vocación, son los que se integran en la personalidad.

La segunda pregunta, ¿qué es la vocación?, permite agrupar las respuestas en la forma siguiente:

¿QUE ES VOCACION?

Inclinación que se siente	43		79 %
Inspiración de ser algo	36		
Aptitud			5,3 %
Varios			15,7 %

Como vemos aquí, también la interpretación de la vocación como inclinación o aspiración, esto es, como llamada interna, tiene más peso que la aptitud.

Si analizamos ahora con la tercera pregunta cuáles son las aspiraciones que se intentan lograr con la vocación, vemos una distribución, en la cual los elementos subjetivos y afectivos reciben una mayor atención que los puramente prácticos.

ASPIRACIONES

a) <i>Problemas personales</i>			
Salud	3,9		14,3 %
Ser feliz	3,3		
Ser independiente ...	1,9		
Honar a los padres ...	1,9		
Ser cristiano	1,9		
Ayudar a los padres ...	1,4		
b) <i>Oficio o carrera</i>			
Delineante	3,3		8,7 %
Ingeniero	2,6		
Intérprete	1,4		
Militar	1,4		
c) <i>Terminar la carrera ...</i>			3,3 %
d) <i>Tarea específica</i>			—
Montar taller			1,4 %
e) <i>No contestan y varios ...</i>			72,3 %

La cuarta pregunta, razones de la necesidad de la orientación profesional, nos sitúa en primer lugar también las respuestas que se refieren a la personalidad, en segundo lugar el conocimiento del oficio, y en tercero, la cultura, desde un punto de vista general.

RAZONES DE SU NECESIDAD

Ser hombre de provecho	30,1		45,9 %
Elegir mejor	9,5		
Facilidad para progreso	6,3		
Saber más	11,1		15,9 %
Mayor cultura	4,8		
Saber un oficio			23,8 %
Varios			14,4 %

La quinta pregunta se refiere al ideal del joven en la vida. Aquí aparece en primer lugar el oficio (no olvidemos que se trata de muchachos que están en las Escuelas de Formación Profesional Industrial), en segundo lugar elementos de la personalidad y en tercero la cultura.

IDEAL DE LA VIDA

1. <i>Oficios diversos</i>			
Tornero	12,3		45,4 %
Mecánico	11,0		
Electricista	9,8		
Delineante	6,2		
Perito	3,6		
Montador	2,5		
2. <i>Personalidad</i>			
Ser algo útil	11,0		20,8 %
Ser honrado y trabajador	6,2		
Ser feliz	3,6		
3. <i>Cultura</i>			
Aprender	4,9		8,5 %
Tener carrera	3,6		
Conocer una especialidad a fondo ...	3,6		
4. <i>Carreras</i>			
Ingeniero agrónomo ...	3,1		6,1 %
Militar	2,5		

Finalmente, la puntuación, por orden de importancia de los problemas que se plantean en el momento de elegir carrera, nos permite elaborar el cuadro siguiente; aquí, de nuevo, y de una manera sobresaliente, aparecen en primer término rasgos diversos de la personalidad:

PROBLEMAS QUE SE PLANTEAN EN EL MOMENTO DE ELEGIR CARRERA (6)

Indecisión	17 + 10 = 27		96
Falta de estímulo	3 + 9 = 12		
Falta de seguridad en sí mismo	15 + 7 = 22		
Falta de entusiasmo	2 + 8 = 10		20
Miedo al futuro	13 + 7 = 20		
Falta de personalidad	1 + 4 = 5		15
Falta de inteligencia	5 + 9 = 14		
Falta de aptitud	1 + 0 = 1		20
Falta de información	6 + 6 = 12		
Lagunas de formación	2 + 6 = 8		12
Necesidad de ganar dinero ...	6 + 6 = 12		
Falta de capacidad física ...	0 + 2 = 2		2
Falta de relaciones	1 + 1 = 2		

Podría seguir con otros datos más de la misma encuesta, pero creo que éstos son suficientes para justificar mi afán de situar el proceso de orientación profesional en el campo clínico y en sostener que por encima de las pruebas pedagógicas, de los tests de inteligencia y de aptitud, de los cuestionarios de interés y de carácter está el estudio de profundidad de la personalidad clave y real y última de la adaptación.

(6) Agradezco a don Manuel Villar y a sus colaboradores la ayuda que me han prestado para la elaboración de estos datos.

ORIENTACION PROFESIONAL Y PSICOLOGIA SOCIAL

Veamos ahora las consecuencias. Estas, para mí, son dos: por un lado, penetración de la metodología de la psicología social en el ámbito de la orientación profesional, y de otro, de la psicoterapia para resolver los problemas de adaptación.

Por muy técnica y científica que queramos hacer la orientación profesional, las condiciones y circunstancias sociales se imponen cada día más en su proceso, y no sólo en el aspecto más preferentemente estudiado de adaptación, de adaptación de un ser a un grupo social y profesional y a sus condiciones, sino también de realidad biosocial con sus características dinámicas, que condicionan el comportamiento del individuo dentro de un grupo y en su devenir mismo.

Ignorar estas dos dimensiones es hacer una orientación profesional manca y anquilosada y, desde luego, nada científica y nada actual. Y digo nada científica y nada actual porque precisamente la ciencia psicológica en su dimensión social discurre por este cauce cada día con más seguridad y más éxito.

Por esta razón, escribe A. Quadrio, la orientación tendrá un valor como actividad diagnóstica y pronóstica sólo en cuanto se considere al sujeto en la recta realidad del contexto social en el cual se halla inscrito.

No olvidemos que de los elementos que ha de estudiar la orientación profesional (capacidad, actitud, afectividad, interés) tres de ellos están condicionados por el ambiente y son función de los imponderables que la misma adaptación suscita y frustra.

Una primera influencia en este sentido la observamos en el mismo ambiente escolar, donde los estudios de sociometría (7) han permitido conocer y comprender las reacciones de los alumnos entre sí frente a los profesores. En el ambiente de nuestras Escuelas de Formación Profesional Industrial se han llevado a cabo investigaciones muy originales por Valenciano, como ya he señalado.

Una científica comparación con el Rorschach y con los datos deducidos del interrogatorio ponen bien en evidencia el valor y la utilidad de esta metodología. Creo que para manejar los

grupos escolares y poner en evidencia los sujetos que precisan especial atención, desde el punto de vista del carácter y de la adaptación, se va imponiendo cada vez más, y es en gran parte al psicólogo clínico a quien corresponde esta fase.

La influencia social en el momento de elegir la profesión es también evidente, y todos sabemos de las modas que han prevalecido a este respecto.

Comparaciones de los cuestionarios manejados en nuestras Escuelas de Formación Profesional Industrial antes de la guerra y ahora lo ponen bien de manifiesto.

Finalmente, la influencia social y del ambiente se manifiesta también en la crisis juvenil, que ya he reseñado. El adolescente rural, por lo general, sufre una crisis de originalidad más simple. Por otro lado, existen periodos o épocas más propicios, al parecer, a la eclosión de crisis de originalidad, como son los periodos de revolución y dictadura. Asimismo la escuela favorece, en todos sus aspectos, el desarrollo normal de la crisis.

ORIENTACION PROFESIONAL Y PSICOTERAPIA

Y con ello toco la segunda consecuencia de la penetración del psicólogo clínico en la orientación.

Si, en efecto, damos a la orientación la distribución en el tiempo que ha apuntado, si la distribuimos en las tres etapas señaladas y procuramos que la información se desarrolle progresivamente a lo largo de los años de estudio, no cabe duda que los problemas de adaptación se reducen a un mínimo. La gran masa, como ya señalaba en 1935 André Rey, encuentra su orientación y su adaptación progresiva con ayuda de las sucesivas intervenciones que el psicólogo tiene a lo largo de los estudios.

Sin embargo, una minoría sí precisa de la ayuda del psicólogo en función de psicólogo clínico a la vez que el psicólogo orientador. Esa minoría está constituida por los dos extremos de la curva de distribución de los cocientes: de un lado, los infradotados, y de otro, los superdotados. Idealmente, ambos deben ser recogidos en centros especializados. Ahora bien: la realidad es que si bien los débiles mentales no frecuentan, por lo general, las escuelas normales, los superdotados no son segregados de ellas, como tampoco lo son los subnormales de cocientes entre 70 y 80. Ambos grupos, los subnormales y los superdotados, representan un gran problema para la enseñanza, y son una tarea directa para el psicólogo clínico.

Y es que en ambos casos los problemas de adaptación no se limitan al período último de la orientación, sino que se suceden constantemente durante todo el período escolar. Todo el que haya

(7) La sociometría, ciencia intermedia entre la psicología individual y la sociología, tiene tres aspectos: estudio con la dinámica social o ciencia de la estructura de los grupos sociales, la manera según la cual se relacionan y se polarizan los individuos entre sí; luego con la sociometría o ciencia de la medida de las relaciones interhumanas se intenta valorar esas tendencias, y, finalmente, con la sociatría o ciencia de la terapéutica de los sistemas sociales se pretende modificar positivamente las anomalías o alteraciones que hayan surgido en esas tendencias y relaciones y que pueden ser consideradas como patológicas.

No cabe duda que al psicólogo clínico le interesa en el ambiente profesional estudiar la forma en la cual el individuo percibe al otro, cómo escoge y cómo piensa y siente su papel.

frecuentado el ambiente escolar sabe las dificultades que crean no ya los débiles mentales, que pertenecen, como he dicho, a otro tipo de enseñanza y orientación, sino los retrasados escolares por problemas de cociente bajo, de enseñanza o de carácter, y los inadaptados por problemas de cociente alto, que se reflejan sobre el carácter y sobre los estudios.

En ambos casos, digo, el psicólogo tendrá que recurrir a métodos de exploración más finos y más profundos que los normalmente empleados en la orientación profesional, con objeto de conocer al niño, de explicar sus reacciones y de instituir el tratamiento más adecuado en cada caso.

El estudio de la dinámica de la clase puede ser de gran ayuda para el manejo de estos sujetos, muchas veces cabecillas con signo positivo o negativo, y para vencer las dificultades que se presentan.

Una experiencia de orientación profesional, llevada a cabo por Assunto Quadrio en Italia confirma esta manera de ver respecto a la importancia que tiene el tratamiento individual y social como complemento de la orientación profesional.

Cuanto llevo dicho nos ha colocado en un plano muy particular de la orientación profesional, plano en el cual vamos observando las facetas que señalan las posibles dificultades de adaptación del individuo no sólo a la profesión, sino al ambiente en que se desenvuelve: escuela, familia, medio profesional y medio social. Estas facetas no bastan, en mi opinión, con señalarlas; es necesario estudiarlas, explicar su significado y darles una solución que no es otra sino la que tiende a facilitar la adaptación en el más amplio sentido; la adaptación a la profesión, la adaptación al medio social en el cual tiene que desenvolverse.

Para lograrlo, el psicólogo clínico deberá completar su tarea diagnóstica, por tanto, con dos actividades complementarias, de las que pocas veces se habla; una, la de la *entrevista clínica*, para exponer los resultados de la exploración psicológica llevada a cabo según la técnica de Rogers, y otra, la de una *intervención psicoterápica*, para resolver los problemas de carácter y de adaptación que *tests* o sociometría hayan puesto en evidencia.

Con todo ello se logra un conjunto de exploración que sobrepasa, como se ve, la mera psicometría de los primeros tiempos de la orientación profesional, y que todavía se enriquece más si tenemos en cuenta todos los datos escolares que, bien en informes psicológicos, bien en ficha acumulativa, nos vienen de la escuela y centros frecuentados.

Sin embargo, todo esto, con ser mucho, no lo es todo aún en la orientación profesional. La necesidad de la distribución de la orientación en tres etapas no obedece a un problema biológico de madurez de las aptitudes, ni a un problema general de información, sino que tiene

también una justificación psicológica individual y social. Cuando se estudian de cerca los problemas de orientación profesional, como lo hemos hecho, se ve claramente que en ellos, por debajo del problema educativo o del problema vocacional, existe en realidad un problema profundo del individuo en su totalidad, en problema de la personalidad, cuya resolución es la verdadera clave del éxito del consejo (8).

El psicólogo americano Rogers (9), con sus técnicas «no directivas», ha puesto bien de manifiesto esta importancia del factor personalidad en la mayoría de los casos de consejo. Personalmente considero que la de Williamson o de Darley, que se limitan demasiado a la objetividad de los *tests* y pretenden hacer aceptar el consejo a través, precisamente, de un esclarecimiento razonado de los resultados obtenidos. Esto, para mí, va en contra de la misma esencia del proceso orientador, que, precisamente Rogers, puso en evidencia; y es que el conocimiento que el orientado puede recibir de sus condiciones y aptitudes es *más emotivo que racional*, más efectivo que friamente numérico y expositivo (10).

Para conseguir esto es para lo que he propuesto, repito, que el tercer tiempo de nuestro proceso de orientación profesional se desarrolle en un período más avanzado de la juventud, tenga carácter individual y sea fundamentalmente voluntario: la edad habrá permitido ya una preformación de la personalidad del sujeto: el carácter individual de la entrevista facilitará, como he dicho, el contacto, la relación *afectiva* con el psicólogo, y la espontaneidad de la *demand* condicionará la actitud *afectiva* y *asegurará* la eficacia del consejo.

El *buen consejero* es el que *sabe cuándo* y *dónde* tiene que emplear las técnicas diagnósticas que la psicología aplicada nos brinda actualmente (*tests*, cuestionarios, *rating scales*, biografías, et.); en *qué* forma tiene que interpretar los resultados; *cómo* ha de completar éstos con datos diversos de la personalidad y *proyectar* el todo sobre el fondo familiar y social que el caso presenta. Pero esto sólo es el aspecto diagnóstico de la orientación profesional. El *buen consejero*, si quiere ser un *consejero práctico*, tiene que saber completar su actividad con una información profesional adecuada, y si quiere ser, finalmente, un *consejero efectivo*, debe dar al resultado objetivo de sus exploraciones una interpretación comprensiva y *afectiva* que haga útil y aceptable el consejo.

El *buen consejero* se ha transformado *progresiva* y *sucesivamente* de observador circunstancial en psicometrista, en psicólogo profesional y, finalmente, en psicólogo clínico. Y todo ello

(8) Hay que pensar, dice Quadrio, en «el valor profundo del trabajo ligado a la dinámica de la motivación individual». L. C.

(9) CARL R. ROGERS: *Client centered therapy; its current practice and theory*. Boston, 1951.

(10) E. G. WILLIAMSON: *How to counsel students*. New York, McGraw Hill, 1959.

merced a esa idea clínica del desarrollo que ha traído a nuestras manos el problema de la madurez fisiológica, de la madurez de las aptitudes, de la madurez de los deseos, de la madurez vocacional.

Tres consecuencias se nos presentan entonces, que hemos de atender: una, que la orientación profesional no puede limitarse ya a un mero examen, sino extenderse en el tiempo durante el período de la enseñanza; otra, que se desprende de ella, y es que ya el orientador no puede abordar esta tarea solo, sino que precisa de una colaboración activa del pedagogo, que no puede ser ya la tangencial de hace unos años, sino la muy íntima de un equipo; y, finalmente, que el psicólogo en función de orientador no puede concretarse a ser el simple psicometrista de hace años, sino que tiene que completarse con una faceta clínica que le permita estudiar más íntimamente la personalidad y estar en condiciones de suministrar no sólo una orientación, sino un consejo, y si es necesario, un tratamiento psicológico.

De la extensión en el tiempo ya he hablado y presentado mi proyecto de que se lleve a cabo en tres tiempos.

Respecto al equipo, he tratado de presentar la intimidad de esa colaboración en sus distintas etapas y tareas. Creo que el maestro, como *guidance worker* y como *vocational instructor*, es un elemento fundamental del equipo (11).

Finalmente, lo que se refiere a la extensión de la misión del psicólogo, a la faceta clínica de su actuación, es un progreso evidente, progreso al cual me cabe el honor de haber contribuido reiteradamente y que me lleva a creer que, así concebida, la orientación profesional debería denominarse orientación vocacional no sólo por la mayor amplitud de este concepto, sino porque elimina en la última fase la palabra «profesional», que ha sido muchas veces mal interpretada.

(11) E. DARLEY: *Testing and counseling in the High School Guidance programme*. Chicago, 1943. Sci. Res. Asso.

Problemas actuales en la enseñanza de las matemáticas

JOSE RAMON PASCUAL IBARRA

Catedrático de matemáticas

Intentaré exponer «un esquema de los problemas que plantea la enseñanza actual de las matemáticas». Me referiré especialmente al ámbito de la enseñanza media, y esto por dos motivos: primero, porque en la enseñanza media se centra hoy la atención de todo el movimiento educativo mundial, y segundo, porque por ser éste el campo de mi actividad profesional es el único en que podré hablar con algún conocimiento y experiencia. En la exposición seguiré las ideas de una reciente ponencia presentada en la última reunión de catedráticos de matemáticas de Instituto, en la que intervine.

1. EXIGENCIAS SOCIALES

En cualquier estudio que tratemos de hacer relacionado con la enseñanza media, no podemos olvidar, como punto de partida, un hecho que tiene carácter general: la crisis actual de toda la enseñanza media. Fenómeno que certeramente se ha denominado *crisis de crecimiento*. (Recogeremos un solo dato: de 40.000 aspirantes presentados a las pruebas del Bachillerato en Francia, en 1939, se ha pasado a 200.000 en 1960.)

Este aumento incesante del número de alumnos ha motivado que la enseñanza tradicional, de carácter formativo, pero esencialmente propedéutica para los estudios superiores, haya quedado desfasada en sus fines y en sus métodos. Podemos señalar algunas consecuencias de este crecimiento en nuestra patria. El aumento de alumnos en los centros lleva consigo, inevitablemente, una merma de la unidad educativa y de las posibilidades de formación auténtica de los escolares. Junto a la escasez de locales, la más grave aún, de profesores debidamente capacitados. Entre los modernos, muchos son improvisados, y algunos de los antiguos no han sabido adaptarse a la nueva situación planteada. Desconozco la cifra exacta, pero no creo que sea aventurado afirmar que, por lo menos, el 80 por 100 de los profesores de matemáticas en los colegios no son matemáticos, y gran número de ellos, ni siquiera licenciados, aunque fuera en otra sección. Para más de 60 unidades didácticas semanales de matemáticas que se dan en la mayor parte de los Institutos, la plantilla de catedráticos numerarios de matemáticas sigue siendo de dos profesores por centro (la misma que en el plan de 1903), que, cuando están los